

publicado originariamente, en soporte papel, en *Encrucijadas UBA*, Año I, n° 4, Buenos Aires, febrero de 2001, pp. 64-77.

LA SEDUCCIÓN DE LA CULTURA MUCHO MÁS QUE UN MERCADO

WALDO ANSALDI*

A la memoria de mi padre.

Ser dominados
culturalmente es ser
seducidos.

Augusto Roa Bastos

Una cuestión demasiado importante como para dejarla sólo en manos de gobiernos y empresarios

Según la concepción original del Tratado de Asunción, a partir del 1 de enero de 2006 el Mercado Común del Sur (Mercosur) será un espacio de libre circulación de bienes y servicios en el espacio delimitado por los territorios de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. En él, la cooperación en los planos de la economía y de la cultura estará orientada a asegurar los valores democracia, libertad, equidad social y modernización. En la proyección de máxima, este proceso de integración debería tender a: 1) crear una entidad supranacional y supraestatal constituida por los actuales países miembros y 2) ampliar esa entidad a todo el subcontinente sudamericano, convertido, también él, en una organización similar a la Unión Europea, que puede adoptar una extensión que va de la idea de la “isla sudamericana” expresada por el presidente Fernando Henrique Cardoso a la más ambiciosa -

* Investigador del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (Área Sociología Histórica), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de Historia Social Latinoamericana en la misma Facultad. EX Coordinador de la Orientación en Desarrollo Humano y Medio Ambiental, Maestría en Procesos de Integración Regional-Mercosur, Centro de Estudios Avanzados UNA. Fue profesor visitante en el Programa de Pós-Graduação em Integração da América Latina (PROLAM), Universidade de São Paulo. Parte de su producción y de la del equipo que dirige pueden verse en: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>.

versión ampliada y renovada del proyecto bolivariano- de una comunidad o confederación latinoamericana de naciones. En cualquiera de estas perspectivas -e incluso en la de mínima, sin organización supranacional-, se producirá una formidable transformación o redefinición de las identidades culturales de los países miembros y, por extensión, la construcción de una nueva identidad cultural subregional. Dicho rápidamente: estamos inmensos en un proceso que, a mediano y largo plazo, transformará sustancialmente a América Latina, generando una nueva dialéctica e historia.

Ahora bien, hasta hoy el Mercosur -con sus meandros- se desarrolla mediante un sistema jurídico-institucional fundado mucho más en un modelo de *cooperación intergubernamental* que en uno de *integración supraestatal* (Estévez Araujo y Silveira Gorski, 1999: 91). Las deficiencias y falencias bien visibles del proceso tienen mucho que ver con la opción estratégica adoptada. Ello se aprecia aún más claramente en el ámbito que aquí nos ocupa. En efecto, más allá de las intenciones formalmente declaradas y aprobadas, la dimensión cultural del Mercosur no ha alcanzado todavía el tratamiento ni el desarrollo necesarios. El Mercosur, como su nombre lo indica, está mucho más centrado en la economía -incluso más específicamente en el comercio-, que en las otras dimensiones constitutivas del proyecto integracionista. Tanto que éstas, “el resto”, son parte de un conglomerado amorfo e indefinido al que suele denominarse -errónea pero reveladoramente- “el Mercosur no económico” y del que los Estados miembros -con la relativa excepción de Brasil- no parecen preocuparse demasiado. Adicionalmente, tampoco la expresión “Mercosur cultural” es la adecuada para una correcta definición de una política de integración: ella prolonga la dimensión más estrictamente comercial del proyecto, descuidando o ignorando las dimensiones más sociales, tanto materiales cuanto simbólicas. Es que la integración es mucho más que la dilución de mercados nacionales o internos en un único mercado subregional o regional.

Pese al poco peso y escasa atención que aún tiene en las respectivas agendas de los distintos actores del Mercosur, la dimensión cultural de la integración es la clave de bóveda del proyecto, de una importancia tal que es inconveniente dejarla en manos exclusivas de las empresas, de los gobiernos e incluso de los Estados. No digo que no deben intervenir: sostengo que no deben ser los únicos actores; quizás tampoco los principales. Se trata, en cambio, de un ancho y profundo campo de acción para organizaciones de la sociedad civil.

Por otra parte, un tratamiento de la dimensión cultural de la integración, serio y fundamentado, excede los límites establecidos para este artículo. Planteado y analizado con el máximo rigor, dicho tratamiento no puede soslayar una serie de tópicos, desde los conceptuales hasta los prescriptivos (en términos de propuestas concretas de realización factible). Así, por caso, es

imprescindible saber a qué atenerse cuándo apelamos a nación, identidad, cultura y sus combinaciones. Igualmente, es preciso tener clara la distinción entre integración *de* las culturas (una aspiración totalitaria) e integración *por* las culturas. No es mi intención hacer aquí un listado de cuestiones y conceptos que requieren previa precisión -una exigencia epistemológica central, pues mediante el principio de exhaustividad podemos precisar qué y quiénes quedan incluidos y excluidos de la definición-, de manera que apenas daré unas pocas precisiones procurando evitar confusiones y sentar una base mínima para un eventual debate sobre el problema.

La cultura es, hoy, objeto de una atención extendida y pormenorizada entre muchísimos científicos sociales y ha llegado a un grado de fetichización -como tiempo atrás la economía o la estructura- que frecuentemente ocluye la cabal comprensión de fenómenos sociales. La saludable reacción contra la antigua y pobre concepción de la cultura como el restringido campo de los adornos o de la elitista distinción entre cultura culta y cultura popular, ha generado, entre muchas perspectivas enriquecedoras, una visión tan excesivamente amplia del término que concluye privándolo de especificidad y opacando su capacidad explicativa. Se produce así una idea tan inflacionada de la cultura que ella termina, como bien dice el paraguayo Ticio Escobar, por abarcar “desde los códigos de un juego de naipes hasta la reglamentación del tráfico”.

El lugar decisivo que ocupa la cultura en las sociedades -en la vida cotidiana del presente y del pasado, si bien nunca estática y siempre dinámica, esto es, historizada-, no debe hacernos olvidar las condiciones materiales e inmateriales de su producción, circulación y consumo. La cultura no es el demiurgo que explica hoy lo que la economía explicaba ayer. Las modas no pueden hacernos dejar de lado ciertas distinciones esenciales. Dicho de otra manera, no hay una causa única capaz de explicar la compleja trama de las acciones de los hombres y mujeres en sociedad y en el tiempo. Las disociaciones analíticas son indispensables para esta tarea, pero luego deben ser objeto de síntesis, lo cual, por cierto, no es nada sencillo. Pero la dificultad no debe servir de excusa para la pereza.

A propósito, conviene no olvidar una distinción nada trivial, mas no siempre advertida. Las sociedades premodernas -o en las actuales en las cuales persisten tiempos lentos, propios de momentos históricos previos a la modernidad o bien se encuentran sometidas a fuertes presiones en contra de su propia identidad- se escudan en el *arraigo cultural*, mientras las modernas lo hacen en la *aculturación*. Arraigo remite a raíces, por eso desarraigo es sacar fuera las raíces, dejarlas expuestas.¹ Quienes han vivido o viven la experiencia del exilio -sea por razones políticas, religiosas o económicas- saben bien qué significa la pérdida o el abandono de la cultura originaria y su reemplazo

¹ Pueden verse estimulantes ideas al respecto en Simone Weil, *Echar raíces*, Editorial Trotta, Madrid, 1997.

por la del *locus* de destino.

Y por último pero no menos importante, también es bueno recordar que hay raíces sociales de clase, las cuales inciden decisivamente en las posibilidades de inserción de los desarraigados. Y en las de quienes pueden ser parte de un proceso de integración supraestatal y de creación de unas nuevas cultura e identidad.

En el principio no fue la cultura

La dimensión cultural de la integración no fue inicialmente contemplada en el fundador Tratado de Asunción. Comenzó a aparecer en la Reunión del Grupo Mercado Común realizada en Brasilia entre el 30 de setiembre y el 2 de octubre de 1992, ocasión en la cual se decidió la creación de la Reunión Especializada sobre Cultura, con el objetivo de “promover la difusión de la cultura de los Estados partes, estimulando el conocimiento mutuo de valores y tradiciones, tanto por medio de emprendimientos conjuntos como mediante actividades culturales regionales”. Pero debieron esperarse cuatro años para la aprobación del Protocolo de Integración Cultural del Mercosur, por decisión del Consejo de éste, el 17 de diciembre de 1996, en la reunión celebrada en Fortaleza. Sus enunciados son vagos o genéricos, carentes de originalidad. Empero, como bien señala Enrique Saravia (1997: 137), es un instrumento jurídico conforme el cual los gobiernos signatarios legitiman pasos previos en pro de afirmar una voluntad común en el tratamiento de la cultura.² Más allá de la mayor o menor predisposición gubernamental para hacerlo efectivo, el Protocolo puede ser un eficaz instrumento para legitimar también las acciones de organizaciones de las sociedades civiles de los países mercosureños.

Inventar una tradición

Todo proceso histórico de cierta entidad necesita apelar a nuevos valores, tradiciones, símbolos y representaciones, destinados a crearle un imaginario social. Se trata, dicho sintéticamente, de una invención, tarea inequívocamente política. Pero esta calidad no supone reducir la tarea a mera

² Los antecedentes del Protocolo de Fortaleza son -amén de la citada decisión del Grupo Mercado Común- el Protocolo de Ouro Preto y sobre todo los encuentros de funcionarios de las áreas culturales de los Estados miembros: la Reunión de Autoridades Culturales (Brasilia, 25 de agosto de 1992), las Reuniones de Ministros de Cultura (Canela, 2-4 de febrero de 1996, y Punta del Este, 9-11 de diciembre del mismo año), las Reuniones Especializadas de Cultura (Buenos Aires, 14-15 de marzo, Asunción, 31 de julio-2 de agosto de 1995). Adviértase que la Primera Reunión Especializada se realizó casi treinta meses después de la decisión de crear tal instancia. Pueden añadirse las sesiones de trabajos de distintas Comisiones Técnicas (Capacitación, Industrias, Patrimonio, Redes de Información culturales). Hay otros antecedentes previos al tratado de Asunción, entre los cuales el Acuerdo de Alcance Parcial de Cooperación e Intercambio de Bienes en las Áreas Cultural, Educacional y Científica (Montevideo, 27 de octubre de 1988) y el Documento Final de la I Reunión de Ministros de Cultura del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política (Caracas, 15-18 de setiembre de 1988). Enrique Saravia es un argentino, especialista en Políticas y Administración Culturales que vive y trabaja en Brasil.

responsabilidad de los políticos profesionales, de los gobiernos y de los Estados. En tanto política, lo es de todos y, por ende, un espacio de confrontación-negociación. Quienes trabajamos en los ámbitos de la cultura, de las ciencias sociales, de la educación, de las artes, no podemos resignar esta construcción intelectual en terceros. Tanto más cuanto toda tradición inventada recurre, en la medida en que es posible, a la historia como legitimadora de las acciones y cohesión colectiva.³

Inventar una tradición para el Mercosur -y, en la hipótesis de máxima, la Comunidad o Confederación Latinoamericana- no es una empresa sencilla ni carente de conflictos. Dato nada trivial: la construcción originaria del Mercosur es impulsada por los cuatro países que, amén de las largas controversias limítrofes hispano-lusitanas del período colonial, prolongadas tras las independencias, entre 1865 y 1870 se enfrentaron entre sí en una guerra brutal -la de la Triple Alianza contra Paraguay- con costos y secuelas terribles. Argentina y Brasil, a su vez, protagonizaron otra entre 1825 y 1828. Es claro que semejante pasado no es, ni puede ser, óbice para el emprendimiento integrador. En ese sentido, la historia europea, atravesada por niveles de conflictividad interna muchísimos más graves, agudos y persistentes que los latinoamericanos -una larga duración prolongada hasta muy recientemente, con su paroxismo en la Segunda Guerra Mundial-, no ha impedido -y tal vez todo lo contrario- el proceso constitutivo de la Unión.

A propósito de éste, permítaseme una digresión. Años atrás, el gran sociólogo noruego Johan Galtung sostenía que el primer proyecto de la Comunidad y la Unión Europea data de 1306, año en que el abate Pierre publicó el libro *De recuperatione de Terre Sanctae*, obra en la cual proponía superar absolutamente las divisiones internas (de la cristiandad) para enfrentar la amenaza externa (de los musulmanes). Empero, pasaron siete siglos para concretar la tentativa de construir la unificación europea. ¿Por qué tanto tiempo, apenas acelerado en la segunda mitad del siglo XX? Porque el proceso de “construcción del supernacionalismo europeo [argumenta Galtung] es un proceso lento”, que debe imponerse y sobreponerse a otros dos nacionalismos, el del Estado o estatal y el local (como el de bávaros, catalanes, etc.). No es casual que la idea sólo haya empezado a cuajar después de 1945, es decir, luego de experimentar Europa cuatro *shocks* fundamentales: 1) la desastrosa segunda guerra mundial; 2) la pérdida de todas las colonias, 3) el fascismo genocida, 4) el comunismo. En la óptica de Galtung, el tercer *shock* fue particularmente duro, no por novedoso, pues “los nazis no han hecho nada que no hayamos hecho los italianos, los españoles, los portugueses, los franceses, los holandeses, los belgas”, sino por el “error” de los nazis: hacerlo *en* Europa.⁴

³ Véase la Introducción de Eric Hobsbawm a Eric Hobsbawm and Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.

⁴ “L’Europa e gli altri. Incontro con Johan Galtung”, Sala del Consiglio Provinciale, Genova, 26 settembre 1992. El texto de la intervención de Galtung fue publicado por el Centro di Documentazione e Ricerca sui Trasferimenti di Tecnologia

En fin, lo que Galtung señalaba entonces -y ese es el sentido de la digresión- es que el proyecto integrador de Europa es una decisión política dotada de una tradición inventada que, en clave cultural y religiosa, puede extender retrospectivamente su momento germinal hasta siete siglos. Puede parecer una exageración, pero la argumentación -que aquí no es dable repetir- merece ser debatida. *Inventar* una tradición significa buscar y encontrar en el pasado una clave que, resignificada, es capaz de dar cuenta de un proyecto actual. ¿Cuál será esa clave en nuestro caso? Es usual apelar al proyecto bolivariano, trunco en el congreso de Panamá (1826) pero retomado en más de una ocasión.⁵ Empero, no faltarán quienes argumentarán en contra de esta invocación -por ser más abarcante que la del Mercosur, por incluir a Brasil, que por monárquico y esclavista estaba explícitamente excluido de la confederación soñada por el venezolano- y buscarán y propondrán otras.⁶ En todo caso, he ahí un ancho campo de disputa para coincidir en la invención del proyecto del Mercosur.

No es tarea sencilla superar los prejuicios que vienen arrastrándose desde décadas. Hay mutuos desconocimientos entre los pueblos que integran el Mercosur. En Argentina hay, adicionalmente, fuertes tendencias despreciativas hacia brasileños y, sobre todo, paraguayos, atenuadas respecto de los uruguayos, a los cuales, por lo demás, los porteños suelen considerar una especie de prolongación de Buenos Aires. El turismo, que puede operar como un elemento integrador, ha encontrado en las diferencias idiomáticas -no demasiado grandes, a decir verdad- una barrera, cuidadosamente mantenida por argentinos excesivamente petulantes como para admitir que el portugués es la lengua hablada, largamente, por la mayor cantidad de pobladores del Mercosur. En cambio, es mucho más común encontrar brasileños que leen, entienden y hablan el español, o intentan, al menos, un acercamiento por la vía del *portuñol*. Esta resistencia idiomática es apreciable incluso en hombres y mujeres -es el caso de gobernantes, políticos, empresarios, intelectuales- en los cuales, por sus funciones, ella es inadmisibile.⁷

(CEDRITT), *Dossier* n° 7, Genova, febbraio 1993; las referencias, en pp. 4-5- Tuve el honor de ser uno de los cuatro comentaristas de dicha exposición.

⁵ Sobre este punto sigue siendo útil la consulta del libro del panameño Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1ª ed., 1980.

⁶ En mayo de este año, en una conversación informal, un profesor de la Universidad Nacional de Misiones -cuyo nombre no he retenido- me decía que, a su juicio, el germen del Mercosur se encuentra en el proyecto de Hernandarias de Saavedra, gobernador de Asunción (1592 y 1596) y del Río de la Plata (1603-1609 y 1614-1618). Será interesante ver expuesta su argumentación.

⁷ Mi experiencia docente en las Universidades de Buenos Aires y São Paulo es, al respecto,: francamente contrastante y reveladora: en la primera, las dificultades para que los alumnos de grado, y en alguna ocasión incluso de posgrado, lean textos en portugués son notables (a tal punto que no faltaron alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales que, a la hora

Si bien hoy el movimiento es menos fuerte que en las décadas de 1960 y 1970, las ciencias sociales han contribuido a una importante construcción de una perspectiva regional original. En ese sentido, particularmente destacables han sido las experiencias de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) -las dos primeras, intergubernamentales; el tercero, no gubernamental-, instituciones creadas en 1948, 1957 y 1967, respectivamente.⁸ Empero, las modas actuales -excesivamente tributaria de la madre de todas ellas, el posmodernismo- no deben ocluir esta formidable vía para la elaboración conceptual -en los campos de la cultura y el conocimiento científico- de un proceso e integración regional o, en la perspectiva más estrecha, subregional. Por cierto, no se trata de postular un conocimiento disociado del producido en otras áreas del planeta, sobre todo en los países dominantes, más desarrollados. Se trata, en cambio, de retornar a la práctica de la originalidad de la copia, frase acuñada hacia 1977 por Fernando Henrique Cardoso, tal vez inspirado en su compatriota Oswald de Andrade, el poeta que en 1924 levantó la consigna “contra la copia, por la invención y la sorpresa”.

Las ciencias sociales tienen, deben y pueden jugar un papel central en la integración. Las sociedades latinoamericanas son -desde el comienzo mismo de su historia como tales, es decir, una vez cerrada la dialéctica constituida de las sociedades autóctonas e inaugurada la dialéctica constituyente impuesta por los conquistadores europeos- parte inescindible del proceso de globalización iniciado en la segunda mitad del siglo XV y hoy alcanzando sus niveles más altos. Por esa pertenencia -en situación de dependencia-, sus estructuras socioeconómicas y la lógica de éstas son una prolongación de las de los países centrales, aun cuando su objetivación histórica sea original, diferente. Así, buena parte de las sociedades de la región es explicable por la traductibilidad de categorías elaboradas en el núcleo más desarrollado del mundo globalizado. Empero, el proceso de inclusión del capitalismo a escala planetaria presenta aristas y matices que aconsejan prudencia en el análisis. Ello es particularmente importante en el plano de la cultura, pues ésta constituye un campo de tensiones y confrontaciones donde se dirimen, entre otras cosas, nada menos que las identidades nacionales, cuestión conexas a la del reconocimiento del multi o pluriculturalismo.⁹

de evaluarnos como docentes, consignaron como negativo el hecho de incluir bibliografía en ese idioma). En la segunda, en cambio, no sólo es usual estudiar con textos en español, sino que son frecuentes los cursos en que los profesores exponen en esta lengua.

⁸ Pueden verse, sobre este punto, Heinz Sonntag, *Duda / Certeza / Crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*, UNESCO y Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1988; Waldo Ansaldi, *La búsqueda de América Latina*, Cuadernos !, Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, 1991.

⁹ En palabras del sociólogo español Emilio Lamo de Espinosa (1995: 31), “las primeras manifestaciones claras de multiculturalismo son resultado de la expansión europea sobre América, África y Asia a lo largo de los siglos XVI al XIX,

La identidad es una cuestión que se las trae. Hoy se la invoca demasiado a menudo con no menos demasiada ligereza. Pero abordarla implica situarse en el terreno de la filosofía y, por ello, confrontar/articular con igualdad/desigualdad y diferencia.¹⁰ La identidad es afirmación de uno mismo, generalmente más contra alguien que a su favor. “Se identifica (incluso en el sentido lógico del término) para separar. Por ello, *a la hora de analizar la identidad de cualquier grupo es imprescindible estudiar la historia de conflictos de ese grupo, pues en tales enfrentamientos se gesta la identidad propia y la ajena*. Es el otro quien me otorga/niega reconocimiento y es a través de su mirada como me formo un «yo». Yo sólo lo soy para otro, y viceversa”, como en un juego de espejos (Lamo de Espinosa, 1995: 29-30). Dicho de otra manera: la identidad se define por y a través de la oposición, es decir, del conflicto.¹¹

La cuestión se resignifica en nuestros días a partir de la intensificación de la globalización neoliberal. En el plano de la cultura, la creciente expansión de la comunicación electrónica audiovisual -televisión de aire, satelital y por cable, Internet- y la también masiva difusión y aceptación de nuevas pautas de organización racional de la vida cotidiana generadas en los Estados Unidos -proceso que el sociólogo norteamericano George Ritzer ha definido acertadamente como la macdonaldización de la sociedad-, han provocado una tendencia muy fuerte a la homogeneización de una cultura dominante con excesivas pretensiones de convertirse en única. Llamaré a este fenómeno, universalismo neoliberal. Su *desiderátum* es la destrucción de todas las identidades aborígenes (es decir, originarias), pretensión que genera, a modo de resistencia, la exacerbación de posiciones fundadas en la raza (su punto más alto se alcanza con las terribles prácticas de las denominadas “limpiezas étnicas”), la nación o alguna fe religiosa, cuando no en una combinación de una con otra(s). Pero, así, el resultado es una confrontación excluyente, donde el *otro* es siempre un *extraño* (un *bárbaro*, en el sentido original de los antiguos griegos), al cual hay que expulsar de los límites, cuando no liquidar física y/o culturalmente. La paradoja del universalismo o la globalización

pues fue la expansión europea la que creó el problema al hacer añicos las fronteras culturales históricas de la humanidad”. Es bueno recordar, en tanto la historia es siempre de posibilidades y no de fatalidades, que la expansión europea fue *una* de las posibles. Haber sido la que se impuso, no es igual a ser la única. Previamente, otras dos expansiones posibles se frustraron antes de alcanzar una dimensión espacial allende Europa: la de los tártaro-mogoles y la de los árabes. Tal vez puede incluirse una tercera, la de los vikingos.

¹⁰ Véase, Manuel-Reyes Mate, ed., *Pensar la igualdad y la diferencia. (Una reflexión filosófica)*, Fundación Argentaria-Visor Distribuciones, Madrid, 1995.

¹¹ Esta una proposición ya clásica en la teoría sociológica. Puede verse una explicitación en Alain Touraine, *Sociologie de l'action*, Éditions du Seuil, Paris, 1965, pp. 160-164, y, más desarrollado, en *Production de la société*, Éditions du Seuil, Paris, 1973, pp. 360-368. Para Touraine, los *principios de identidad y oposición* no pueden dejar de verse en conexión con el de *totalidad* que no es más que el *sistema de acción histórica*, expresión con la cual el sociólogo francés designa “el sistema de repercusión de la historicidad sobre la práctica social”.

neoliberal es reproducir *extraños* en pos de la uniformidad. Aunque, en verdad, toda la tradición universalista occidental se ha caracterizado por parir *extraños* u *otros* en nombre de un ideal universalista. Dicho de otro modo, se trata de un universalismo reacio a admitir las diferencias y, por ende, fuertemente orientado a negarlas, destruirlas y, en el límite, a uniformar el mundo.

Sin embargo, no es necesario pensar en escala planetaria para apreciar los desastres de esa concepción y las prácticas en ella inspiradas. Basta ver qué ocurre con los extranjeros y el racismo en buena parte de los países de la Unión Europea o, más cercanamente aún, en nuestro propio país, donde se discrimina, de diversas maneras, a extranjeros recién llegados, particularmente los provenientes del mundo andino.

La macdonaldización no es más que un proceso de instauración, mediante sistemas racionalizados, en apariencia anónimos, de mecanismos de control individual y colectivo (Ritzer, 1996). No será fácil resistir a éstos. Se trata de encontrar una solución que no sea la *hipótesis Brazil*, es decir, la sugerida por aquel célebre film que sólo dejaba lugar a una de dos opciones no conformistas: la violencia anárquica o la locura.. En el plano de la cultura, la macdonaldización, sostiene Ritzer, es parte y es respuesta a la creación progresiva de una cultura planetaria con pretensiones de una absoluta hegemonía, tanto que puede llevar a la homogeneidad: cómo trabajar, como disfrutar del ocio, cómo vestir, qué programas audiovisuales ver, qué comer, qué beber, qué sentir...

Quiérase o no, la tendencia homogeneizadora de la globalización neoliberal conlleva una visión jerárquica de las culturas -continuidad histórica, resignificada, de la decimonónica distinción entre civilización y barbarie (donde los bárbaros eran siempre los otros, los extraños)-, que ordena las mismas según una escala de superioridad/inferioridad negadora de las diferencias y, al mismo tiempo, fundante de la imposición totalitaria de una única cultura planetaria impuesta por la conjunción de los pesos abrumadores de economía, medios de comunicación de masas, tecnología y, obviamente, poder político. Apenas se escarba un poco, ése es el significado del proclamado “fin de la historia” y su aterradora perspectiva de un totalitarismo cultural (en el sentido más amplio, incluyendo la filosofía, la política y la cosmovisión del mundo) fundado, paradójicamente, en la libertad y el universalismo.

Lamo de Espinosa sostiene que en contra de la tendencia uniformadora desarrollada por la macdonaldización se han generado otras dos: la de la creciente afirmación de las grandes culturas históricas y la de la fragmentación interna de la cultura occidental. En cierto sentido, el mundo de hoy es un *puzzle* de culturas. En otro, ese mundo está atravesado por la tensión entre la tendencia homogeneizadora a nivel mundial, carente de sujeto concreto, por un lado, y la tendencia a afirmar identidades particulares y valores locales, micros, por el otro. Y entre una y otra, un gran vacío (Lamo

de Espinosa, 1995: 73).

En opinión del gran escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, “el colonialismo cultural no es sólo imposición, sino también fascinación”.¹² Por eso se refiere a la dominación cultural por seducción. Está claro que no se trata de la absurda (y en el límite, reaccionaria) pretensión de ignorar, combatir o desechar toda producción científica, tecnológica, cultural proveniente de los países centrales. Así, por caso, el problema no reside, remedando lo alguna vez escrito por Isaiah Berlin, en el hecho de que una joven y un joven mercosureños coman hamburguesas, beban cola, vistan jeans y escuchen a Madonna, del mismo modo en que lo hacen otra muchacha y otro muchacho norteamericanos. El problema aparece cuando esa muchacha y ese muchacho de Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay (o cualesquier otro lugar del mundo), haciendo esas mismas cosas, *sienten* igual que sus pares norteamericanos. Lo que hace la diferencia en el sentir, disfrutando de los mismos bienes, es, precisamente, la cultura, la identidad cultural.

La identidad cultural no está escindida del poder político. Definir una nueva, a partir de la creación de una instancia supraestatal, implica, por tanto, una compleja y conflictiva historia de construcción plural: étnica, nacional y cultural. Una identidad “sureña” pluriétnica, plurinacional y pluricultural, donde todos seremos, al mismo tiempo, singulares y plurales. Mantendremos nuestros símbolos y redes simbólicas originarios, al tiempo que incorporaremos otros (ajenos hasta ahora), en un proceso que no será lineal ni libre de tropiezos. Como bien ha dicho Ticio Escobar, toda identidad cultural es “el resultado de muchas confrontaciones entrecruzadas e inestables”.

El desafío es integrar aceptando el multiculturalismo de unos y otros para constituir un nosotros, no imponiendo la asimilación de los unos por los otros.

Vamos, arriba la cuesta...

A fuer de ser precisos, señalar que la cultura no aparezca en un nivel prioritario de la agenda intergubernamental del Mercosur no implica desconocer algunos logros alcanzados o mojones clavados. Algunas decisiones ya adoptadas contribuyen a afirmar, en el plano simbólico, la dimensión cultural de la integración: tales los casos de la adopción del logotipo del “Mercosur cultural” y del “Día del Patrimonio Cultural” (el 17 de setiembre). La resolución que aprobó el logotipo (la nº

¹² Citado, sin indicación de lugar, por Recondo (1997: 89).

122/96) incluye el Tratado Aduanero para la Circulación en los Países del Mercosur de Bienes Integrantes de Proyectos Culturales (con aprobación de instancia gubernamental competente). Su existencia no sólo tiene valor simbólico: en términos prácticos, los bienes que lleven dicho logo o sello serán objeto de inspección física aduanera en el punto de salida y en el de realización de la actividad, obviando los trámites de revisión aduanera en dependencias fronterizas, con la consiguiente rapidez de circulación y, sobre todo, de cuidado del bien en cuestión.

Otras decisiones pueden contribuir decididamente a la integración por la cultura: tales, por ejemplo, la creación del Centro de Documentación Musical del Mercosur (con sede en Montevideo) el estímulo al funcionamiento de la Casa Cultura del Mercosur (en Colonia), el Programa Magallanes para el decenio 1996-2005 (con su carácter integrativo de la conciencia histórica y geográfica de los países miembros), el desarrollo de redes nacionales de información cultural conectadas con el Sistema de Información Cultural de América Latina y el Caribe (SICLAC), realización de pasantías de técnicos y gestores culturales en instituciones pertinentes de los países miembros, institución del Premio Anual para creadores, realizadores, intérpretes, escritores, plásticos relevantes y premios Consagración y Revelación Mercosur, realización de seminarios, publicaciones, reuniones académicas y populares sobre conocimientos recíprocos (procurando evitar preconceptos).¹³ Otras decisiones muy importantes fueron dos de las tomadas en la Reunión Especializada de Asunción: por una de ellas se acordó la difusión de programas culturales en medios masivos de comunicación y coedición de libros en una colección de autores del Mercosur; por la otra, la guaraní fue declarada una de las lenguas históricas del Mercosur, declaración que supone la elaboración de un inventario patrimonial, la promoción de la investigación académica y su enseñanza como lengua.

Adolfo Colombres (1997) ha formulado diecisiete propuestas concretas para una Política Cultural Común del y en el Mercosur, todas ellas de realización factible, mientras Enrique Saravia enuncia diecinueve tópicos importantes para lo que llama una agenda de futuro, todos ellos también pasibles de concreción, decisión política de por medio. La decisión política para impulsar la integración por la cultura no es sólo responsabilidad de los gobiernos o los Estados.

También las universidades e instituciones de la sociedad civil deben hacerse cargo de la cuota de decisión política que les incumbe. Así, por caso, las Facultades de Derecho bien podrían trabajar

¹³ Las apuntadas son algunas de las decisiones tomadas en la Reunión de Canela (febrero de 1996), que se suman a las adoptadas previamente en las de Buenos Aires (marzo 1995) y Asunción (agosto 1995). En el artículo de Marcelo Álvarez y Nicolás Patricio Reyes, "La agenda de la gestión cultural en el Mercosur", incluido en Recondo, 1997: 155-170), puede verse (pp. 159-164) un cuadro que resume las decisiones adoptadas en las Reuniones del Mercosur Cultural realizadas en esas tres reuniones.

en la compatibilización de las legislaciones nacionales para permitir la libre circulación de bienes y servicios culturales dentro del Mercosur y en la armonización de las legislaciones nacionales sobre derechos de autor. Los resultados deberían ser dirigidos al Congreso, interesando a legisladores para que eventualmente los hagan suyos y los impulsen como proyectos legislativos. Las Facultades de Ciencias Sociales y Humanas pueden definir y difundir un calendario único de efemérides culturales de los países miembros (instrumento útil no sólo para ilustrar al público en general, sino para estimular el turismo cultural), realizar una conexión informatizada de bibliotecas universitarias (campo en el cual pueden contar con la colaboración de las Facultades que desarrollen estudios y prácticas informáticas), formar profesionales y técnicos en gestión y administración cultural, como también en otras áreas de ésta, utilizar sus recursos editoriales para realizar coediciones de libros (textos de uso universitario, obras de divulgación entre públicos más amplios, especializados o no), fomentar entre sus docentes y estudiantes el uso de bibliografía provenientes de los países del Mercosur (estimulando el acceso a la riquísima bibliografía en portugués producida en Brasil), producir programas radiales y televisivos de carácter cultural para su difusión por medios de comunicación masiva propios (en las universidades que los tengan) o para su venta a empresas públicas o privadas eventualmente interesadas, como también material periodístico para diarios y revistas. Pueden, asimismo, elaborar y difundir (en primer lugar en su propio seno) material sobre historia, geografía y expresiones culturales de los países miembros, de manera tal de contribuir a un efectivo conocimiento de “países hermanos”, como también amplia formación sobre el Mercosur. Es innecesario subrayar cuán importante medio de integración por la cultura sería una activa y masiva difusión de la literatura y la plástica producida en cada uno de los países mercosureños. Esas Facultades tienen un importante papel en materia de generación de modos de apropiación de símbolos propios de las culturas de aquellos.¹⁴

Las Facultades que trabajan en informática podrían aunar esfuerzos en pro del desarrollo de *software* propio, que nos haga menos dependientes del generado en los países centrales. En conjunción con las de Ciencias Sociales y Humanas pueden producir programas de enseñanza y difusión de patrimonios culturales (por ejemplo, a través de multimedias dedicados a procesos históricos, manifestaciones artísticas -plásticas, musicales-, bienes declarados, por la UNESCO, patrimonio cultural de la humanidad existentes en los países miembros (Los Glaciares, Parques Nacionales de Iguazú y Serra de Capivara, Misiones jesuíticas, ciudades de Ouro Preto y Brasília, centros históricos de Olinda, Salvador de Bahía, Colonia del Sacramento, Santuario de Bom Jesús de Congonhas), información sobre indicadores socioeconómicos, etc.

¹⁴ Hago esta propuesta inspirado en las de Colombres y Saravia. Tienen un propósito ilustrativo y se refieren a algunas medidas de realización posible, dentro de una nómina susceptible de ampliación.

En fin, en materia de integración por la cultura, las universidades tienen frente a sí un ancho campo de acción. Ellas no pueden, entre otras cosas, eludir la responsabilidad de la reflexión teórica sobre la cultura y la responsabilidad práctica de formar profesionales y técnicos competentes para actuar en los nuevos terrenos de los patrimonios culturales, la gestión y administración cultural, como también en los más antiguos pero siempre renovados de las industrias culturales.¹⁵

Hay otras realizaciones y propuestas que van en una dirección capaz de afirmar la integración por la cultura: la creación de la Universidad Latinoamericana y del Caribe, creada recientemente por el Parlamento Latinoamericano; el Programa em Integração da América Latina (PROLAM), que funciona en la Universidade de São Paulo desde 1988; la Cátedra Simón Bolívar, instituida por el PROLAM, el Instituto de Estudios Avanzados (también de la USP) y el Memorial da América Latina, cuya finalidad es estudiar la dimensión cultural de la integración latinoamericana; el Proyecto de Educación Comparada de los países del Cono Sur, del que son parte las universidades de Buenos Aires (UBA), Nacional de Asunción, Estadual Paulista (UNESP), Estadual de Campinas (Unicamp), de São Paulo (USP), y las Pontificias Católicas de Chile y São Paulo.

Hombres y mujeres de fronteras

Toda cultura nacional define una frontera, los límites territoriales de inclusión de los unos y de exclusión de los otros (los bárbaros de los antiguos griegos). Si se quiere avanzar en un proceso de integración y, sobre todo, si se pretende avanzar hacia ella por la cultura, transgredir, pasar por encima de esas fronteras es una tarea necesaria e imperiosa. Lo es porque para integrarnos necesitamos redefinir las culturas. Construir un nuevo y diferente nosotros requiere, como una inicial *conditio sine qua nom*, aceptar al otro y su discurso, capaz de permitir la superación de la implícita “actitud espontánea de neofobia” de la que es portadora toda cultura, a modo de coraza contra eventuales contaminaciones. Es en ese punto donde se sitúa la “creatividad del cruce de culturas”, de su intercomunicación. Como bien dice Lamo de Espinosa (1995: 70), “es a través de la comunicación como se debilita esa coraza y se efectúan los traspasos de rasgos y prácticas, la fertilización cruzada, la aculturación. Labor realizada siempre inicialmente por *outsiders*, marginados, extranjeros, viajeros, gentes en los bordes, en las fronteras, que cruzan una y otra vez sus límites y, por ello, toman

¹⁵ Según Enrique Saravia (1997: 143), para la UNESCO “existe una industria cultural cuando los bienes y servicios culturales se producen, reproducen, conservan y difunden según criterios industriales y comerciales, es decir, en serie y aplicando una estrategia de tipo económico, en vez de perseguir una finalidad de desarrollo cultural” (tomado de Ari Anverre et al., *Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego*, UNESCO-Fondo de Cultura Económica, París-México, 1982, p. 22).

distancias y se ven obligados a traspasarlos”.

El cruce de fronteras, la incursión por otros territorios diferentes del originario es también una de las formas más formidables de ampliación del conocimiento científico, acción generadora de nuevos campos o dominios disciplinarios que, más de la interdisciplina, pueden concluir en la generación de híbridos, es decir, recombinación de fragmentos de distintas ciencias o disciplinas científicas. Algunos de estos híbridos son particularmente claves para un proceso de integración por la cultura: los estudios culturales, la sociología histórica, la geografía histórica, la etnolingüística...

Pero el cruce de fronteras no es sólo una metáfora: hay hombres y mujeres reales, de carne y hueso, que cotidianamente se mueven en y a través de las fronteras políticas, traspasándolas y generando nuevos espacios culturales, como ocurre en varios pueblos y ciudades situados en las fronteras brasileño-paraguaya, paraguayo-argentino, argentino-uruguayo y uruguayo-brasileña. Ese flujo de hombres y mujeres tiene que ver con la lengua, las costumbres, las relaciones de trabajo, la protección jurídica, la circulación de personas y vehículos, los programas de radio y televisión...

Parte de ese intercambio en áreas de fronteras se canaliza institucionalmente a través de la CRECENEA y la CODESUL, es decir, la Comisión Regional de Comercio Exterior del Noroeste Argentino (provincias de Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Chaco y Formosa) y la Comissão do Sul (estados de Mato Grosso do Sul, Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul) y, lo que más importante en nuestro campo, la Asociación de Integración Regional Universitaria (ADIRU), creada en el Primer Encuentro Universitario Argentino Brasileño de Integración Regional (Resistencia, junio de 1990). Son partícipes de esta iniciativa la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), las Universidades Nacionales de Formosa, del Nordeste, de Misiones, las Universidades Federais de Santa Maria y de Rio Grande do Sul, la Pontificia Universidade Católica de Rio Grande do Sul, la Católica de Pelotas y la Estadual de Maringa. Constituida como una asociación civil sin fines de lucro, la ADIRU tiene por objetivo la promoción y desarrollo de acciones en pos de la consolidación de la región en materias económica, social, cultura y política a través de las específicas funciones universitarias de enseñanza, investigación, extensión y crítica cultural.

Son buenos inicios. Pero no alcanzan. Son imprescindibles y urgentes crear otras instancias. Necesitamos de hombres y de mujeres de fronteras, fronteras de los espacios simbólicos, de las ciencias sociales, de la geografía...

El cartero llama dos veces, la historia, generalmente no

El proyecto de integración subregional que ha comenzado a gestarse a partir del Mercosur ofrece un abanico de posibilidades de desarrollo, desde la más elemental y pobre dimensión comercial -un mercado único constituido por los países miembros (sean los cuatro iniciales, los de la “isla sudamericana” o los de toda la América Latina) hasta la muy ambiciosa constitución de una Comunidad o Federación de Naciones Latinoamericanas. Entre ambos objetivos, de mínima y de máxima, hay varias opciones y posibilidades que pueden elegirse y construirse como momentos diferentes y acumulativos de una estrategia que apunte a alcanzar una nueva y más extensa y profunda versión del inicial proyecto bolivariano.

Vivimos una coyuntura histórica excepcional. El uruguayo Alberto Methol Ferré le otorga a la creación del Mercosur un valor fundacional y la convierte en uno de los tres momentos decisivos en la historia de América Latina, sumándolo al del nacimiento (por acción de la conquista y la colonización) y al de la independencia y constitución de los nuevos Estados. Tal vez sea una exageración, mas, en todo caso, es cierto que se trata de un eventual punto de inflexión histórica. Que lo sea efectivamente depende de un complejo entramado de acciones y omisiones, imputables a Estados, a gobiernos y a las instituciones de la sociedad civil. La integración del Mercosur no puede ser sólo una estrategia en un juego de poder a escala planetaria, que debemos jugar tan sólo para equilibrar y aprovecharnos de la confrontación entre los tres grandes bloques económicos (Estados Unidos, Unión Europea, Japón). El desarrollo del potencial implícito (de modo germinal) en el proyecto del Mercosur puede ser el camino de avanzar hacia una Comunidad o Federación de Naciones Latinoamericanas que defina, por fin, el viejo sueño de *Nuestra América* y nos permita ser parte de la aldea global sin dejar de ser quienes somos, al tiempo que redefinimos nuestras identidades nacionales en términos de ciudadanos de un nuevo espacio regional.

La historia no suele presentar dos veces las mismas posibilidades. Cuando ello ocurre, no es raro que lo haga en aquellos términos ya clásicos: una vez como tragedia, la otra como farsa. De allí la importancia que tiene este momento de verdadera encrucijada. La integración por la cultura es un componente esencial de un proyecto liberador. Es por eso que no debe abandonárselo en las únicas manos de gobiernos y Estrados.

Es cierto: la tarea no es fácil. Pero nunca las grandes empresas humanas lo han sido.

Bibliografía

Achúgar, Hugo y Bustamante, Francisco (1996): “MERCOSUR, intercambio cultural y perfiles de un imaginario”, en Néstor García Canclini (coordinador), *Culturas en globalización. América Latina - Europa - Estados Unidos: libre comercio e integración*, Seminario de Estudios de la Cultura (CNCA), Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Editorial Nueva Sociedad, Caracas, pp. 127-176.

Candó, Vera Maria y Socavino, Susana (1995): “Integración latinoamericana y cultura”, en *Síntesis*, nº 24, Madrid, julio-diciembre, pp. 175-186.

Clementi, Hebe, compiladora (1996): *La dimensión cultural del MERCOSUR*, Colección CEA-CBC, Ofician de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Colombres, Adolfo (1997): Hacia una política cultural de la integración en el ámbito del Mercosur”, en Gregorio Recondo, compilador, *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires., pp. 125-135.

Escobar, Ticio (1997): “Identidad, políticas culturales e integración regional”, en Gregorio Recondo, compilador, *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires., pp. 115-124.

Estévez Araujo, José A. y Silveira Gorski, Héctor (1999); “Ciudadanía e integración en el Mercosur”, en *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, nº 33, Universidad de Granada, Granada, pp. 89-108.

Lamo de Espinosa, Emilio (1995): “Fronteras culturales”, en Emilio Lamo de Espinosa, editor, *Culturas, Estados y ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 13-79.

Recondo, Gregorio (1997): “El Mercosur y la cultura”, en Gregorio Recondo, compilador, *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires., pp. 75-113.

Recondo, Gregorio, compilador (1997): *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires.

Ritzer, George (1996): *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*, Ariel, Barcelona.

Saravia, Enrique (1997), “El Mercosur cultural; una agenda para el futuro”, en Gregorio Recondo, compilador,; *Mercosur: la dimensión cultural de la integración*, Ediciones Ciccus, Buenos Aires, pp. 137-154.

Smith, Anthony D. (1997): *La identidad nacional*, Trama Editorial, Madrid.

Este artículo –“La seducción de la cultura. Mucho más que un mercado”- fue publicado originariamente, en soporte papel, en *Encrucijadas UBA*, Año I, nº 4, Buenos Aires, febrero de 2001, pp. 64-77.